

El Ingeniero laureado

A los suscriptores de la ciudad de Barbastro, para que hagan saber a las autoridades y Prensa local el artículo que escribió un Jefe de Ingenieros hace diez lustros, biografiando a un hijo de dicha ciudad.

Al transcribir las siguientes líneas por medio de nuestra revista profesional, quisiéramos hicieran eco en las autoridades locales, por si el día 21 de octubre próximo (domingo), fecha en que se cumple el ciento cincuenta aniversario del nacimiento de tan ilustre como humilde barbastrense, el varias veces laureado Sargento don Hilario Giral, le rindiera vuestra ciudad el homenaje merecido.

Por la transcripción,
G. Gambón.

Al poco tiempo de haber salido de la Academia de Ingenieros del Ejército para ingresar como Teniente del Cuerpo en el segundo regimiento, asistí en la villa y corte de Madrid a un entierro que llamó la atención de todos los madrileños, porque íbamos todos los Jefes, Oficiales, Clases y soldados de los cuatro batallones que entonces formaban el Arma de Ingenieros, con las dos músicas del primero y segundo regimiento, con todos los Oficiales de Alabarderos que habían pertenecido al Cuerpo, gran número de Generales y Brigadieres, presididos por el Director general, multitud de carruajes de lujo y un gentío inmenso, que se descubría con respeto ante la caja mortuoria, que era conducida por el centro de la ancha calle de Alcalá, desde la parroquia de San José hasta la Sacramental. Varios paisanos me preguntaron con asombro "si había muerto algún ministro de la Reina", a lo cual les contesté, dejándolos aún más sorprendidos, "que asistíamos al entierro de un antiguo Sargento primero de Ingenieros".

¿Quién era ese Sargento, cuya muerte causaba tanto sentimiento al Cuerpo y que producía la admiración de las gentes?

Era el Sargento primero don Hilario Giral, que había merecido, por sus esclarecidas virtudes y por su heroico valor, llegar a la categoría de Capitán desde soldado, y ostentar en su noble pecho la cruz laureada de San Fernando (que tan deseada es de todos los militares que se estiman), otras cuatro cruces más de dicha Orden y un sinnúmero de medallas ganadas en la gloriosa guerra de nuestra Independencia contra los franceses y en la guerra civil de los siete años, cuyo General en Jefe, Duque de la Victoria y de Morella, Conde de Luchana y más tarde Príncipe de Vergara, dió constantes y repetidas pruebas de confianza y de estimación a nuestro veterano y acreditadísimo Sargento laureado.

Don Hilario Giral nació en Barbastro, provincia de Huesca, el día 21 de octubre de 1778, de padres tan pobres como honrados. A los veinticinco años de edad ingresó de soldado en el batallón ligero de la misma ciudad, y con él asistió al bloqueo de Gibraltar y a la guerra de Portugal, entrando en Oporto el 22 de diciembre de 1807 y continuando de guarnición hasta que se retiró con las tropas españolas a Galicia, con motivo del heroico levantamiento de los madrileños contra los franceses, ocurrido el inolvidable 2 de mayo de 1808.

Durante la guerra de la Independencia perteneció Giral, con su batallón, a los ejércitos de la izquierda tercero y cuarto, asistiendo a las batallas y combates de Ríoseco, Vilahermosa, Sadupe, Bilbao, Fercitas, Zornoza, Durango, Valmaseda, Espinosa de los Monteros, Puente de Pilines, Villafranca del Bierzo, Lugo, Tamames, Medina del Campo, Alba de Tormes, Canta el Gallo, Fuente de Oñoro, y formó parte de los defensores de Olivenza, cayendo en poder de los franceses con la guarnición de esta última plaza.

Después de permanecer prisionero de guerra por espacio de nueve meses y ocho días, recobró su libertad e ingresó en las tropas del Real Cuerpo de Zapadores, el día 14 de noviembre de 1811, con las cuales formó parte de la guarnición de la isla de León (llamada actualmente de San Fernando, junto a Cádiz), operando activamente en el último baluarte de la Independencia española como valiente soldado y como celoso zapador. Entonces fué cuando Giral conoció y se hizo estimar en lo mucho que valía del Capitán General Príncipe de Vergara, que era en aquella época alumno de la Academia de Ingenieros del Ejército.

En la guerra de 1820 a 1823, Giral figuró como Sargento segundo de Ingenieros, con el premio de *nueve reales mensuales*, que le había sido concedido por Real orden de 20 de junio de 1817, en atención a su constancia y honradez acreditadas. Tomó parte en las campañas que hicieron las tropas del Gobierno en Aragón y Cataluña, distinguiéndose sin-

gularmente en los sitios de Castell-forit y de la Seo de Urgel. En marzo de 1823 regresó a la ciudad de Alcalá de Henares y se incorporó después a las tropas del Arma en el ejército de Extremadura, por no poder reunirse a su nueva compañía, que se hallaba en Cádiz.

Cuando fué disuelto el ejército constitucional, el honrado Giral se retiró a la ciudad de Alcalá de Henares, en donde trabajó de zapatero y después de hortelano para poder dar el pan de cada día a su pobre familia, que protegió el noble General Conde de Almedez de Toledo, cuya protección valió al veterano don Hilario la purificación y vuelta al servicio militar en febrero de 1827, ascendiendo a Sargento primero de Ingenieros el 1.º de noviembre de 1829.

Tres años después formó parte del Ejército de Observación de Portugal, con cuyas tropas regresó a Madrid, saliendo en 1833 para Burgos, en donde se dedicó, con su compadía, a trabajos de fortificación y a combatir los carlistas que se levantaron en aquella provincia.

Bajo las órdenes de su Capitán, don José Luciano Campuzano, después Teniente General, y que ocupaba el elevado puesto de Director general de Ingenieros el día de la sentida muerte de Giral, éste se hallaba con su compañía en 1835 reparando los débiles muros del pueblo de Maeztu, cuando fué embestido por el ejército carlista, mandado por su célebre General don Tomás de Zumalacárregui. Débil el recinto, escasa la guarnición, compuesta de cuatro compañías de Borbón y una de Ingenieros, sin víveres y completamente incomunicados con el Ejército, ponían al pueblo en circunstancias capaces de desalentar a los más bravos; pero aquel puñado de héroes resistió impávido el fuego de la artillería enemiga y los efectos destructores de sus hábiles minas, combatiendo desde las anchas brechas al arma blanca hasta que el ilustre General en Jefe del Ejército del Norte, don Luis Fernández de Córdova, pudo acudir con su prestigiosa actividad y con fuerzas suficientes a librar los restos de la tan escasa como pundonorosa guarnición, que fué premiada por el expresado General, tan célebre por la victoria de Mendigorria, concediendo la cruz laureada de San Fernando a los Oficiales y la de primera clase de la misma Orden a los individuos de tropa, y haciéndoles desfilar a todos por delante del Ejército formado en batalla y con las armas presentadas. ¡No es extraño que el insigne General Córdova supiera crear héroes entre el Ejército que con tanto entusiasmo le seguía a los mayores peligros!

La prueba de que tan inteligente General distinguía a nuestro don Hilario entre los mismos héroes de Maeztu, se halla en que durante la inmediata marcha del Ejército por las escarpadas Amezcuas le regaló un caballo cogido al enemigo, concediéndole permiso para usarlo en las marchas, cuyo privilegio confirmaron los demás Generales a cuyas ór-

denes estuvo don Hilario (que así fué llamado hasta su muerte, desde que se ganó el DON de una manera tan gloriosa). Antes de terminar el año, pudo manifestar el agradecimiento al General Córdova, distinguiéndose en la memorable batalla de Mendigorria y en los combates de Puente la Reina, Zurriani, Zubiri, Artiaga y Bortedo, así como en los años siguientes se halló, con gloria suya y del Cuerpo, en la batalla de Arlabán, en la fortificación y en los combates diarios sostenidos delante de las líneas de Zubiri, Mediana y Bortedo, en las del Valle de Mena, Bercedo, Portedo, Miranda de Ebro, Logroño, Lodosa, Peñacerrada, Puente de Velascoain, Arcos y Arroniz, obteniendo el grado de Teniente con fecha 4 de abril de 1838, y marchando, en septiembre de 1839, a Aragón y Cataluña, para seguir activamente la campaña hasta la paz, a las órdenes del General en Jefe de los ejércitos reunidos don Baldomero Fernández Espartero, Duque de la Victoria y Conde de Luchana, que ganó aún los títulos de Duque de Morella y de Príncipe de Vergara, quien vió en Alcoriza a su antiguo amigo de la isla de León y le regaló unas gafas al saber que a nuestro inolvidable don Hilario se le había acortado algo la vista con motivo de la nieve que cubría el país; cuyo regalo, que encargó e hizo entregar el victorioso Duque aquella misma noche, fué conservado con el más religioso cuidado por el agradecido Sargento hasta el fin de sus días. ¡Qué Generales y qué soldados! No es extraño que llevaran a cabo, reunidos unos y otros, los hechos más inverosímiles, haciéndose dignos del asombro de la Historia.

Durante los años 1841, 42 y 43, se halló Girál con las tropas de Ingenieros que fortificaban las plazas de Pamplona y Barcelona. En 1844 obtuvo el grado de Capitán, y el mismo año fué nombrado Brigada del tercer batallón del Regimiento de Ingenieros, continuando en este destino de confianza en Madrid y Guadalajara hasta el año de 1864, y mereciendo, por sus distinguidos servicios en las ocurrencias de Madrid en 1848, 1854 y 1856, que S. M. la Reina doña Isabel II le recompensara con la cruz de Isabel la Católica, el empleo de Capitán y la cruz de San Fernando de primera clase.

Don Hilario se contentaba con permanecer unido en cuerpo y alma a Dios y a la gloriosa bandera de su Regimiento, y con ostentar en los días de gala las cruces de San Hermenegildo, San Fernando de primera y segunda clase, laureada e Isabel la Católica, las de distinción por la campaña de Portugal y las de la gloriosa guerra de la Independencia, del ejército de la izquierda, tercero y cuarto ejércitos, del Sitio de Cádiz, de las batallas y combates de Villafranca, Lugo, Tameses, Medina del Campo, Alba de Tormes, Peñacerrada, Arlabán y Mendigorria, líneas de Zubiri, ejército del Norte y entrada de Aragón, cuyas condecoraciones no eran aún bastantes para llenar su pecho, que encerraba un corazón tan

grande y lleno de amor a sus hijos, para cuyo sostenimiento remitía la mayor parte de su escaso haber.

¡Siempre los grandes hombres han necesitado un bolsillo chico!

Al solicitar Giral el retiro, poco antes de su muerte y a los SETENTA Y SEIS AÑOS DE SERVICIO CON ABONOS DE CAMPAÑA, lo obtuvo con todo el sueldo, mereciendo que el Ingeniero General Marqués de los Castillejos hiciera el elogio del veterano en el Senado español.

Cuando Dios dispuso de una vida tan meritoria, el Ingeniero General don Luciano Campuzano, antiguo Capitán del héroe difunto en la heroica jornada de Maeztu, dirigió una sentida comunicación al señor Coronel del primer Regimiento de Ingenieros (que lo era el General Castillo, el defensor de la siempre invicta Bilbao), manifestando unos sentimientos y unos hechos que honran tanto al Ingeniero General Campuzano como a su difunto Sargento primero de la quinta Compañía del segundo Batallón, cuyo entierro corrió a cargo del Cuerpo, en virtud de la oportuna y celebrada disposición del expresado Jefe superior del Cuerpo de Ingenieros del Ejército.

Entre las muchas y distinguidas personas que concurrieron a tan solemne acto, mi alma agradecida no puede olvidar la presencia del malogrado e inteligente Coronel de Ingenieros don Emilio Bernáldez y Fernández de Folgueras, que entonces era Profesor de S. A. R. el Serenísimo, Señor Príncipe de Asturias don Alfonso de Borbón, y que ha muerto siendo Brigadier y Ayudante de S. M. el Rey don Alfonso XII, después de haber hecho ilustre su nombre en España y fuera de ella, con su valor y con sus obras, que conservo.

¡Dios tenga en su santa gloria al Sargento don Hilario Giral y Laborda y al Brigadier Bernáldez, que tantos servicios prestaron a nuestra amada Patria y que tan grandes ejemplos nos han dejado a todos!

HONORATO DE LA SALETA

